



Sobre Circulación del sentido y construcción de colectivos. En una sociedad hipermediatizada.

De Mario Carlón, NEU (UNSL), 2020.

Por Nicolás Bermúdez

El libro de Mario Carlón reúne un conjunto de artículos escritos –en algunos casos reescritos- y publicados entre 2014 y 2020. Además del Prólogo, a cargo de Antônio Fausto Neto, un texto conciso que funciona como presentación y de un breve glosario final, la obra contiene seis textos que se disponen según su año de publicación original, salvo el último –quizás porque, a diferencia de los anteriores cuyo punto de partida son las operatorias, se concentra en cuestiones de periodización.

En el primero de ellos –“Deconstruyendo *Chicas Bondi*. Público/privado/íntimo y el conflicto entre derecho a la imagen y la libertad de expresión en la circulación contemporánea”– Carlón expone de modo minucioso los resultados de un estudio de caso sobre un proyecto fotográfico generado en Internet. La exploración de este fenómeno le permite describir cómo tallan hoy las redes sociales mediáticas en la interpenetración entre lo privado, lo público y lo íntimo, cuya parcelación ya había entrado en crisis durante épocas anteriores, dominadas por los medios históricos, pero que presenta ahora novedades significativas (primera y fundamental: los actores individuales que antes tenían que conformarse con ocupar el lugar de destinatarios ahora pueden publicar, editar y hasta *performar*). La conclusión más relevante del artículo se instala en la epistemología de las ciencias de la comunicación: el autor advierte el rezago –que no es otro que el vuelo del búho de Minerva– de modelos teóricos que conceptualicen las transformaciones vertiginosas que los medios con base en Internet han producido en la circulación discursiva y el funcionamiento enunciativo. Este artículo y los que siguen son una propuesta de intervención sobre esa falta. Cito a Carlón:

“Un modelo teórico operativo, desde nuestro punto de vista, debe ser capaz de dar cuenta de una circulación que cada vez más se expande horizontalmente y da, a su vez, más saltos ‘hacia arriba’ y ‘hacia abajo’, estableciendo complejos cambios de escala comunicativos y en la

mediatización. A lo cual hay que sumar los momentos ‘horizontales’ y el hecho de que todo esto acontece en intervalos de tiempo cada vez más breves y con mayor intensidad.” (p. 35)

Las comillas en el original evidencian los esfuerzos audaces y obstinados que se repiten a lo largo del libro por trazar una sismografía de este territorio inestable.

En el artículo siguiente –“Apropiación contemporánea de la teoría comunicacional de Eliseo Verón. La dimensión temporal”–, Carlón examina ante todo la renovación conceptual impulsada por los estudios sobre mediatizaciones, para dedicarse luego a una adaptación de la teoría comunicacional de Eliseo Verón al sistema mediático de la época contemporánea. La hipótesis que gobierna el escrito es que los cambios en la comunicación son ante todo cambios en las condiciones de circulación de los signos, que producen transformaciones sistémicas e impactan de manera radial en las distintas esferas sociales, por lo que urge producir un modelo de análisis para la circulación que le otorgue protagonismo al repertorio de las nuevas direcciones de intercambio discursivo. Carlón propone, a tal fin, una clasificación cimentada en una topografía –algo esquemática– de los ecosistemas mediáticos: los medios masivos operan en la parte superior y las redes sociales en la inferior (por lo que los flujos pueden ser, por caso, ascendentes, descendentes, horizontales). La ventaja evidente de trabajar en este nivel de detalle casi molecular es que se obtienen descripciones más minuciosas de los intercambios, sin renunciar a la comprensión que proporcionan visiones más generales, como las de abordajes que optan por categorías más generales, como lo reticular o el *networking*. El autor cierra el artículo invitándonos a reflexionar sobre una aparente disyuntiva, invitación de por sí pertinente, pero que además tiene la virtud de alertar sobre el aplauso prematuro que se les concede a ciertos términos y discursos promotores de un falso efecto de inteligibilidad. “¿Debemos pensar –se interroga Carlón– la comunicación contemporánea como un proceso de convergencia cultural (por ejemplo, entre franquicias y fans, como sostiene en algunos de sus textos Henry Jenkins) o como una divergencia progresiva, como se sostiene desde el paradigma de la circulación (Verón)?” (p. 91).

El modelo de análisis temporal de la circulación presentado en este artículo se complementa con el que Carlón ofrece en el que le sigue, el más frondoso del libro en términos conceptuales y analíticos. Su título –“Del poder de los enunciadores al poder de la circulación del sentido. Enunciadores hipermediáticos, análisis espacial y procesos de la circulación”– ya es indicio de que, más allá de la descripción de los procesos de circulación, aquí desde el prisma de su dimensión espacial, el autor en realidad persigue

en el texto todo un archipiélago de objetivos, como –para mencionar los más relevantes– ahondar en la transformación del paisaje y del funcionamiento de los enunciadores ocasionado por las redes sociales, o reflexionar sobre la distinción entre el poder de los enunciadores y el poder del sentido en la circulación hipermediática.

En lo que hace a la enunciación, Carlón reitera sus hipótesis para explicar la operatoria basal –y el triunfo– de las redes sociales:

“La primera dice que las redes sociales mediáticas se apoyan en el presupuesto de que una parte importante de los enunciadores sociales, es decir, instituciones, medios, colectivos de actores individuales e individuos son en las redes, en cierto nivel, quienes fuera de ellas dicen ser. La segunda que un segmento mayoritario de los internautas identifica exitosamente a estos enunciadores sociales y que es partir de dicha identificación que establece diariamente intercambios discursivos.” (p. 108)

Queda para otro tipo de investigación aumentar la espesura de estas hipótesis –de la identidad biológica y la identificación mayoritarias o, en otras palabras, de la expectativa de autenticidad en los nodos del intercambio–, que bien pueden complementarse con la profundización de otros factores (p. ej.: las instrucciones algorítmicas, las proyecciones imaginarias, los efectos ideológicos de creencia, las implicancias estéticas y el narcisismo, etc.). Ahora bien, su mirada panorámica le permite al autor, aquí y a lo largo del libro, realizar observaciones interesantes sobre los itinerarios de las investigaciones semióticas. Cito como ejemplo las que acompañan a las hipótesis mencionadas más arriba, que parecen augurar una especie de giro o bien retórico o bien microsociológico, en cualquier caso de inflexión más empirista, en los estudios semióticos de la enunciación:

“Cuando los estudios enunciativos comenzaron era posible dejar de lado al enunciador y concentrarse en el discurso: la imagen de enunciador que emergía, abstracta, surgía como efecto de ese análisis. Así el enunciador era didáctico, polemista, adversativo, etcétera. Hoy la situación parece haberse invertido: el enunciador concentra tanta atención que parece que nada puede concluirse sobre el discurso si no se posee alguna hipótesis acerca de quién enuncia. El enunciador parece concentrar más atención que el discurso, que será leído de acuerdo a quien se identifique como tal. En la época de la política mediática del escándalo y los ataques ad-hominem, el que reina es el enunciador.” (p. 114)

¿Y cómo analizar este enunciador reinante, decisivo para la circulación hipermediática? Carlón propone un dispositivo estratificado, compuesto por un repertorio de entradas de distinto nivel, que contempla no solo el análisis enunciativo clásico de los enfoques semióticos –para los cuales el enunciador es un lugar de anclaje de operaciones discursivas que configuran la imagen del que habla–, sino también, por ejemplo, las dimensiones no antropocéntricas que ponen de manifiesto entidades como trolls, bots, etc., indicadoras de la relevancia que, para el análisis de las redes sociales, tiene la posibilidad de segregar entre enunciadores orgánicos (los socio-individuales) y no orgánicos (instituciones, medios).

La última parte del artículo retoma los grandes procesos de circulación hipermediática, aunque no con el objetivo ahondar en la problemática ya mencionada de las direcciones (p. ej.: vertical-horizontal), sino para generar un principio de clasificación de sus efectos, a partir de una tipificación elemental de los saltos intersistémicos. De acuerdo con Carlón, encontramos, por una parte, los procesos de cambio de escala del sentido (cuando se desplaza de un sistema mediático al otro); por otra, los cambios del sentido: “Son casos –sugiere el autor– en los que un enunciador inicia una corriente de sentido que de pronto recibe una contra-corriente que produce un brusco giro en la circulación.” (p. 154).

El aporte fundamental del artículo que sigue, cuyo título es “La circulación transversal: desde ‘adentro hacia afuera’ y desde ‘afuera hacia adentro’ de los individuos, los colectivos y las instituciones sociales”, pasa por la identificación y descripción de otro tipo de circulación, a la que Carlón llama “transversal”, que incorpora dimensiones socioinstitucionales, complementando así las categorías anteriores, lo que optimiza la conceptualización del fenómeno abordado y permite constatar una vez más la complejidad de su entramado. Para esto, el autor pone la lupa en los vínculos entre enunciadores orgánico y no orgánicos. Los individuos que administran redes –explica–

“también se encuentran ‘adentro’ de todas las instituciones, medios y colectivos, porque instituciones, medios y colectivos están compuestos por individuos. Por consiguiente los contenidos ahora no van ‘hacia afuera’ sólo desde los voceros o los medios institucionales de partidos políticos, empresas, iglesias, fuerzas armadas, etcétera, como lo hacían en la modernidad y la posmodernidad. Eras en las que acceder a información del ‘interior’ de instituciones era excepcional. También lo hacen cotidianamente desde los ‘medios individuales’ que administran quienes forman parte de cada institución. Y no sólo llegan ‘hacia adentro’, desde los medios masivos a las instituciones. También lo

hacen desde los ‘medios individuales’ y desde los ‘medios colectivos’ emplazados en las redes sociales mediáticas.” (p. 169)

El capítulo “Circulación transversal y controversias en el caso de los canales educativos en Instagram y YouTube ‘Física en segundos’” expone los resultados de un análisis de un caso de circulación “transversal”, introducida en el capítulo precedente, y de su cambio de escala, ocasionado efectivamente por los cortocircuitos entre un canal educativo y la institución universitaria. Ahora bien, los acontecimientos transcurridos entre su escritura y su publicación lo han resignificado al punto de adjudicarle una sugestiva dimensión premonitoria, sobre todo de los debates que se suscitaron sobre el porvenir de una educación superior obligada por la pandemia a mediatizar desorganizadamente buena parte de sus prácticas. En las conclusiones del artículo, Carlón resalta la importancia creciente de “un modelo que es más *on demand*, de programación desde el reconocimiento (la recepción) que desde la producción. Esta adaptabilidad a los tiempos y los espacios de los alumnos es un proceso que pone en discusión gran parte del funcionamiento de las instituciones educativas. Una educación post-presencial que no ha dejado de crecer en los últimos años.” (p. 184). Pedagogos encrespados podrían acusar al autor de excederse en la legitimidad de algunas de sus afirmaciones, válidas sin dudas para el estudio de los procesos de mediatización, pero no directamente transferibles al campo de la educación. Lo relevante del planteo de Carlón es que marca puntos de debate y es, por tanto, insumo para la reflexión y resolución de problemas.

En el último artículo del libro, –“Bajo el signo del presentismo: mediatización, cultura y sociedad contemporánea”– Carlón defiende, ante todo, la conveniencia de incorporar el concepto de lo *contemporáneo* en la teoría de las mediatizaciones. Para argumentar su posición despliega lo que en los artículos precedentes permanecía *in nuce*: una periodización de la historia sociocultural de los procesos de mediatización, orientada a favorecer la legibilidad del presente. Así pues, si la época *moderna* es la que corresponde a una sociedad *mediática* (en la que los medios pretenden solo “representar” lo social), y la *posmoderna* a una sociedad *mediatizada* (en la que la totalidad de lo social se organiza en torno a los medios), nuestra época, la *contemporánea*, se define según Carlón por ser la de una sociedad *hipermediatizada*, impregnada por una experiencia de la historicidad que, citando a F. Hartog, llama *presentismo*. Sin duda la irrupción de internet es una de las condiciones de la época contemporánea, aunque Carlón es lo suficientemente prudente como para alejarse de explicaciones monocausales y

determinismos tecnológicos. En cambio, propone pensar en un conjunto de transformaciones concomitantes. Por supuesto que, en principio, hay que computar las mutaciones en el campo de la mediatización –es decir, la irrupción de la Red y las redes–, que instalan como novedades decisivas la expansión de la autonomía de los consumidores y una lógica de funcionamiento cuyo paradigma es la interacción en tiempo presente, lo que favorece la participación de enunciadores orgánicos. Asimismo, la aparición de nuevos enunciadores y enunciatarios (individuales y colectivos) suscita la transformación del volumen y de la operatoria del espacio público, lo que acentúa la fragmentación y diversificación social iniciada en la posmodernidad. Finalmente, hay que ponderar los efectos que se derivan del cambio en la circulación de la información sobre la vida social: la proliferación de enunciadores que pueden intervenir en el espacio público genera una hipertrofia de enunciados que a su vez incrementa exponencialmente los interpretantes, aumenta la imprevisibilidad de las trayectorias del sentido y acelera la circulación de signos.

En definitiva, en el radar de *Circulación del sentido y construcción de colectivos* aparece un repertorio de fenómenos que están determinando a cada momento dimensiones claves de nuestra vida social (el funcionamiento de las redes sociales mediáticas y su papel en: la construcción de la esfera pública, la producción, distribución y consumo de signos de toda índole, la relación de los sujetos con las instituciones, etc.), fenómenos que se estructuran a través de términos que Carlón no acuña pero sí refina para favorecer la inteligibilidad del material investigado (p. ej.: mediatización e hipermediatización, circulación del sentido, enunciadores y construcción de colectivos, época contemporánea, etc.). Se trata asimismo de un libro que ensaya una propuesta teórico-metodológica para estudiar la circulación del sentido. Y por lo tanto vale reconocerle su condición de obra pionera, ariete del *circulation turn*, toda vez que es sensible a la magnitud y visibilidad inéditas de esta dimensión, más bien relegada por una semiología que, absorbida tal vez por el estudio del polo de la producción del sentido, optó por adjudicarle un funcionamiento tácito, inaccesible para su macizo conceptual.

A los artículos que conforman el libro no solo los une la identidad del autor, sino que en cada uno de ellos se intenta distinguir y separar aspectos de una misma fenoménica, tan dinámica y omnipresente que no resulta sencillo descifrar. A causa de esta descomposición de lo enfocado, problemáticas que son figura en un artículo, son luego fondo en otro, por lo que a lo largo del texto el pulso de la información y la argumentación no es progresivo, ocasionando efectos de redundancia algo inevitables,

que el autor compensa con recursos retóricos (p. ej.: apelación constante a la *divisio*), discursivos (p. ej.: marcadores y reenvíos textuales), explicativos (p. ej.: reformulaciones y exposición de casos) y, en algunos pasajes, una apuesta por el razonamiento diagramático.

La nervadura transtextual del libro es indicadora de la pluralidad de saberes que hay en sus condiciones de producción y de la ductilidad de Carlón para darle un sesgo interdisciplinar a su investigación. Como era de esperar, la referencia principal es Eliseo Verón, pero también se apela a autores menos transitados por la semiótica, como Ph. Lejeune, D. Harvey o F. Hartog. El empleo de la obra de Verón merece un comentario aparte. La larga sombra que proyecta sobre la semiótica vernácula puede paralizar la capacidad heurística de cualquier investigador, condenándolo a comportarse como un aplicador o, en el mejor de los casos, un simple epígono. Carlón resuelve esto a través de lo que denomina una *apropiación* de la teoría veroniana, que pretende ser algo más que la incorporación de algunos de sus conceptos. Se trata, conjuntamente, de señalar hasta donde alcanzó Verón a reflexionar sobre los cambios en el sistema mediático, y, de manera correlativa, cómo estos cambios en la fenoménica, leídos hoy desde su semiótica, revelan aún más la potencia de su obra.

Hay que destacar, para finalizar, que la aparición de este libro es una buena noticia para las investigaciones que se desarrollan actualmente en los campos de la semiótica, las ciencias de la comunicación o de los estudios de mediatizaciones. No solo por los temas que delimita y asedia, a partir de esfuerzos de comprensión analíticos e históricos, sino también –como lo recalca el prologuista– por el instrumental que propone. Un libro que además tiene la virtud de funcionar como una especie de relé, ya que su lectura amplifica las agendas de investigación que lo motivaron.